

Entre libros y comentarios



El universo literario de Carson McCullers

En 1940 una joven de veintidós años publicó en Nueva York *El corazón es un cazador solitario*. La novela fue bien recibida por el público y rápidamente le ganó a Carson McCullers críticas favorables de autores como Tennessee Williams. El precoz éxito de que gozó llamó la atención en otros medios y en la década de los sesenta *Reflejos en un ojo dorado* fue llevada al cine por John Huston. Paradójicamente, hoy McCullers es una autora casi ignorada. Podría argüirse al respecto que su obra no ha sido capaz de resistir el paso del tiempo y que los años han diluido su valor. Sin embargo, cabe preguntarse si el olvido no se debe en parte a una parcial comparación con William Faulkner. El esfuerzo por medir a McCullers con los mismos parámetros que a Faulkner nace, sobre todo, a partir de ciertas coincidencias cronológicas, geográficas e incluso temáticas.¹ Nacida en 1916

McCullers pertenece a la generación que relevó a la de Faulkner. Sureños los dos, es en esa geografía donde principalmente se desarrollan sus historias, además ambos aspiran a desentrañar el intrincado misterio del alma humana y se valen para ello de seres anómalos. El balance le es desfavorable a McCullers ya que suele quedar varios peldaños por debajo de Faulkner. Ciertamente, al lado de la voz polifónica, estentórea, de ecos bíblicos de Faulkner, la de McCullers puede sonar apenas como un murmullo y, ante la innovación formal del primero, el estilo de la segunda es cuidado pero bastante más convencional. Sin embargo, su tono y su estilo no son sinónimos de astenia o falta de profundidad. Por el contrario, McCullers draga a fondo en la miseria de sus personajes, en su irreparable desamparo, en su incapacidad de alcanzar la redención. Utiliza su escritura para retratar a un grupo de seres atribulados quienes, incapaces de comprender la naturaleza de sus propios actos, permanecen prácticamente estáticos ante el peso de un

¹ Heinrich Straumann. *La literatura norteamericana en el siglo XX*. FCE, México, 1978.

tiempo abolido.² Quizá no frecuente las simas que exploró Faulkner, pero McCullers no mira a sus personajes con más optimismo con el que él pudo haberlos mirado. Si bien en ocasiones aparenta expresar compasión por los seres que recrea, en realidad esa impresión primera se debe a la empatía que le inspiran, a su confesada voluntad para identificarse y transformarse en cada uno de ellos.

De hecho son varias las constantes en la escritura de McCullers cuyo origen puede rastrearse en su propia vida. En su talento precoz para la música; en su troncada carrera como pianista; en su infancia solitaria y recluida debido a las enfermedades y a la decadencia de su familia. También en su andrógina búsqueda de una relación amorosa que siempre se vio frustrada. Carson Smith nació, debe el McCullers a su esposo, el soldado y aspirante a escritor Reeves McCullers con quien se casó en 1937. Su relación no sólo duró poco sino que además fue desastrosa. Ella solicitó el divorcio debido a que Reeves se fugó con un hombre a Nueva York, después de cobrar ilegalmente las regalías que le pertenecían a su esposa. Durante ese periodo, Carson se involucró sentimentalmente con varias mujeres, entre ellas la también escritora Katherine Anne Porter. Varios años después Reeves y Carson intentaron rehacer su vida en París pero la relación fracasó nuevamente.

Protagonista ella misma de una vida complicada, McCullers se interesa

por personajes atípicos. La guía su inclinación por aquello que es grotesco, patético, desesperanzado y melancólico. Sus protagonistas son seres extraños que viven atrapados en una especie de soledad compartida. Se le ha reprochado a McCullers la excentricidad para elegir a esta clase de seres como protagonistas de sus historias, pero es notable cómo en cada característica extraña subyace un rasgo común a todo el género humano, razón por la cual sus personajes adquieren solidez y sustancia. Al mostrar su orfandad y abandono, McCullers consigue que algo en ellos nos resulte reconocible, verosímil. Los actores con los que juega McCullers son imborrables debido a la complejidad con que están contruidos y a su tendencia a ser algo más que sí mismos y que el rol que juegan en la trama. En *Reflejos en un ojo dorado*, la mórbida Alison Langdon —a pesar de su neurótica incapacidad para escapar del ostracismo en el que vive—, actúa a manera de conciencia colectiva. Ante la sordera y la indiferencia del resto de los personajes, es ella quien se inmola. Es a Alison además a quien le es revelada la verdadera naturaleza de todos aquellos que intervienen en la historia: incompletos, torturados por sus perversiones, viviendo de forma mezquina, no son más que débiles y grotescos reflejos. Sucede así con el soldado Williams quien parece existir sólo cuando actúa como la sombra furtiva que observa a la estólida y amoral Leonora mientras duerme. Tan abyecto como ellos pero menos lúcido que Alison, el capitán Penderton es incapaz de asumir sus debilidades y de aceptarse a sí mismo. Permanece anclado al ambiente banal y rutinario

²Christopher Domínguez Michael. "Flanery O'Connor, nacida dos veces", en *Letras libres*, Número 19, julio 2000, Año II, p. 94.

de la base militar, hasta que, incapaz de seguir reprimiéndose, desencadena la violencia y la muerte.

En los contrastes que se dan dentro del triángulo que forman Amelia Evans, Marvin Macy y el primo Lymon; descansa el mayor mérito de *La balada del café triste*: (amor y desprecio, poder y vulnerabilidad, veneración y desapego). Amelia Evans es más que la figura sólida, pragmática y huraña que todos respetan, es también el centro de gravedad del poblado que habita y, paradójicamente, la más vulnerable. Sus habitantes hallan en las desventuras de Amelia no sólo el tópico para sus habladurías sino también el lazo que da cohesión y dignidad a sus propias vidas. Por esa razón cuando el primo Lymon la abandona y ella decide sepultarse en su decadente casona, el pueblo parece extinguirse con ella. A sus habitantes no les queda más solaz que matar el tiempo mirando trabajar a la cuerda de presos en la carretera. Imagen que al ser observada se convierte en la alegoría de su propia existencia: encadenados, sin escapatoria, condenados al agotador esfuerzo de construir un camino por el que transitarán otros sin esperar recompensa, entonando una balada que es como la vida: una mezcla confusa de gozo y melancolía.

En *El corazón es un cazador solitario*, John Singer es, al igual que Amelia Evans, el eje de otro grupo de personajes. Imposibilitados para adaptarse a sus circunstancias, son forasteros en un universo extraño donde no queda más remedio que aferrarse a una utopía personal. Su destino no está en alcanzar esa utopía sino en perseguirla. Por eso hacen de Singer, un sordomudo, el receptáculo donde pueden verter sus

anhelos. Lo convierten en un ser a la medida de sus deseos, le atribuyen pensamientos y características que sólo les pertenecen a ellos. Y lo hacen porque intuyen que, encerrado en su mutismo y sus buenas maneras, Singer no podrá contradecirlos.

Si bien fue una prolífica ensayista e incursionó en la dramaturgia, las obras de McCullers que más atención han merecido son sus novelas y relatos. En todos ellos impera una cruel ironía. Algo que el crítico estadounidense Harold Bloom ha comparado con lo que Freud llamó “ilusión erótica”. Condenados a la soledad de antemano, los personajes de McCullers se consagran a la búsqueda del amor, aunque se trate tan sólo de un espejismo y no haya esperanza alguna de ser correspondido. “Con mucha frecuencia, el amado no es más que un estímulo para el amor acumulado en el corazón del amante. No hay amante que no se dé cuenta de esto [...], en el fondo sabe que su amor es un amor solitario”,³ explica McCullers cuando hace que sus personajes se aferren a un anhelo que se mantendrá insatisfecho. Mientras haya un otro, hay también una razón que justifica y llena de sentido la existencia a pesar de que el esfuerzo para relacionarse con él no cause más que dolor. Estamos ante un sentimiento que no conduce al encuentro con el *otro* pero que en ese sentido se basta a sí mismo. Además la desolación de estos personajes no es producto únicamente de la imposibilidad para satisfacer sus deseos. Su soledad

³Carson McCullers, en *La balada del café triste*, (Biblioteca General Salvat), Salvat Editores/Alianza Editorial, Espala, 1971.

es también metafísica. Languidecen en un mundo ajeno e indiferente desprovisto de asideros. No hay religión ni filosofía de las cuales sostenerse. Por eso se refugian en la persecución de una utopía, ya sea en el apego a un amor imposible o, más descabellado aún, en el intento inútil por cambiar el mundo que los rodea. De cualquier forma su empeño se desgasta en el proceso de lucha sin conseguir resultados. Incluso los ideales se desdibujan en este universo, pierden todo valor ante el constante fracaso de quienes pretenden seguirlos. Esa es la razón por la cual a pesar de sus aparentes afinidades ideológicas Jake Blount y el doctor Copland de *El corazón es un cazador solitario*, no se reconocen ni se entienden.

McCullers emplea la descripción del mundo exterior como un reflejo de lo que acontece en el interior de los personajes. Tiene una gran capacidad para dotar a los objetos de significación y para lograr que el centro de la atmósfera sean la mente y el alma humanas. Los pueblos del sur de Estados Unidos con su paisaje triste y

polvoriento, de cielos calcinantes y vientos detenidos que más que renovar el ambiente, se estancan en él, asfixiantes; son el escenario privilegiado en sus relatos pero también la expresión del estado anímico que prevalece en sus personajes. Ocurre lo mismo cuando se traslada a la cartografía cuadrículada e impersonal de la base militar en *Reflejos en un ojo dorado* o al área pantanosa y lúgubre que colinda con el pueblo de *La balada del café triste*.

Si, como recordara Salvador Elizondo, la crítica consiste no en deva-luar un trabajo sino en aquilatarlo justamente, entonces habría que releer o encontrar por primera vez la obra de McCullers en el paraje donde se mueve guiada por el instinto, las huellas de su propia biografía y el culto por el estilo. Habría que mantenerla aparte de fútiles comparaciones e intentar reconocer detrás de sus tristísimas historias, la sombra de aquello que es profundamente humano.

Gabriela Moya